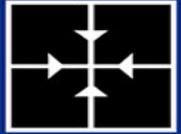




Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana



Curazao y Venezuela 20 testimonios

Diana Pinedo Sucre



Presidente vitalicio: Rafael Cadenas
Presidente ejecutivo: Elías Pino Iturrieta

Junta directiva
Herman Sifontes Tovar
Gabriel Osío Zamora
Miguel Osío Zamora
Ernesto Rangel Aguilera
Juan Carlos Carvallo
Jesús Quintero Yamín

Twitter: @culturaurbana
Instagram: @culturaurbanaoficial_
Facebook: Fundación para la Cultura Urbana

Curazao y Venezuela: 20 testimonios.
© 2012 Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana
© 2021 Fundación para la Cultura Urbana
ISBN edición impresa: 978-980-7458-09-2
ISBN edición digital: 978-84-124858-1-3

Producción editorial: Diajanida Hernández
Corrección: Rosa Linda Ortega
Fotografías: Jesús Ochoa
Foto de Magdalena Herrera: Daniela Boersner
Diseño de portada: John Lange
Montaje de portada: Alfredo Sainz Franco
Diseño de colección: ProduGráfica

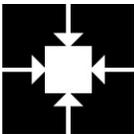
Este libro se publica con el patrocinio de Philip Henríquez

Número 97

Curazao y Venezuela: 20 testimonios

Diana Pinedo Sucre

Cecil Delvalle, Carmencita Prince de Kew, Sidney Maduro, Joyce Chumaceiro de Vegas, Ruben Everts, Saidi Eddine de Valencia, Edvin Yrausquín, Richard Krijt Raven, Gisele De Lima de Grimaldi, Errol Yrausquín, Diana Henríquez de Fernández, Otila Regales, Randall Salas, Jocelyn Henríquez Schemel, Militza Salas de Bello, Franklin Bakhuis, Marcia Rozelaar, Liselotte Capriles de Puigbó, Randolph J. Schrijs, Hubert Martes



FUNDACIÓN PARA LA
CULTURA URBANA

Índice

[Presentación](#)

[Preliminares](#)

[Cecil Delvalle](#)

[El comerciante](#)

[Carmencita Prince de Kew](#)

[La socióloga](#)

[Sidney Maduro](#)

[El empresario](#)

[Joyce Chumaceiro de Vegas](#)

[La madre emprendedora](#)

[Ruben Everts](#)

[El consultor gerencial](#)

[Saidi Eddine de Valencia](#)

[La voluntaria](#)

[Edvin Yrausquín](#)

[El publicista](#)

[Richard Krijt Raven](#)

[El gerente petrolero](#)

[Gisele De Lima de Grimaldi](#)

[La psicóloga](#)

[Errol Yrausquín](#)

[El gerente de mercadeo](#)

[Diana Henríquez de Fernández](#)

[La arquitecta paisajista](#)

[Otila Regales](#)

[La funcionaria consular](#)

[Randall Salas](#)

El coleccionista

Jocelyn Henríquez Schemel

La embajadora

Militza Salas de Bello

La educadora

Franklin Bakhuis

El administrador

Marcia Rozelaar

La gerente hotelera

Liselotte Capriles de Puigbó

La gerente de campamento

Randolph J. Schrijs

El gerente naviero

Hubert Martes

El promotor turístico

Celebro la creación de este libro que recoge las experiencias de personas que como yo tuvieron la suerte de haber nacido, crecido e iniciado una familia, negocios y sueños en Curazao para luego viajar a Venezuela, y allí continuar la vida rodeados de gente querida e inolvidables amigos que nos han acompañado haciendo realidad proyectos y poniendo un granito de arena en el desarrollo del país.

Ha sido un privilegio ser parte de estas dos tierras.

Philip Cohen-Henríquez Curiel

Presentación

Con gran satisfacción presentamos a los lectores *Curazao y Venezuela: 20 testimonios*, de la socióloga Diana Pinedo Sucre. Se da así continuidad a la serie de los inmigrantes en la Venezuela del siglo XX, como un acto de justicia hacia los que eligieron nuestro país para integrarse a él y convertirlo en propio. Comerciantes, académicos, diplomáticos: en múltiples disciplinas y proyectos se percibe su andar y aportes de las últimas décadas. El trabajo de Pinedo une el conocimiento a la capacidad de comprimir con virtuosismo literario cada una de las historias, acompañadas por las fotografías de Jesús Ochoa. Será de gran utilidad para historiadores y amena lectura para todos.

Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana

*Lito y Mamaína, mis abuelos paternos,
me acercaron a Curazao.
En su memoria he realizado estas entrevistas*

Preliminares

Curazao está tan cerca de Venezuela que desde la costa de Falcón se puede divisar; tan solo unos sesenta kilómetros los separan. Hay quienes piensan, incluso, que llegó a formar parte del territorio venezolano. A través de su historia, la isla estuvo en manos de los españoles hasta que estos la perdieron en la guerra con Holanda en 1634. Después sufrió ocupaciones por franceses e ingleses y, al ser recuperada, siguió siendo colonia de Holanda hasta 1954, cuando obtuvo su autonomía dentro de la mancomunidad holandesa. El 15 de mayo de 2009 se celebró el referéndum para decidir su estatus político-administrativo respecto al Reino de los Países Bajos; los votantes aprobaron que Curazao se convirtiera en país autónomo dentro del Reino. En octubre de 2010 desaparecieron las Antillas Neerlandesas: las islas de Saba, San Eustaquio y Bonaire pasaron a ser islas de los Países Bajos, mientras que Saint Maarten obtuvo el mismo estatus que Aruba y Curazao.

La población de Curazao tuvo orígenes étnicos, religiosos y culturales muy variados: desde las tribus de los caquetíos, pasando por los holandeses, los judíos sefardíes provenientes de Holanda y Brasil, los orientales, los africanos, hasta los venezolanos. El área histórica de Willemstad, la capital de Curazao, fue declarada Patrimonio Mundial de la Humanidad por la Unesco en 1997 debido a las características europeas, coloniales y caribeñas del

conjunto que reflejan el valor de comunidad multicultural que se desarrolló allí por más de tres siglos. El intercambio entre Falcón y Curazao es de vieja data: los pescadores y los vendedores de frutas venezolanos siempre llevaron y vendieron sus mercancías allá. Unos regresaban y otros se quedaban. También hubo gente de otras regiones del país que se estableció en Curazao por razones políticas. Por su parte, cuando se decretó en Venezuela la libertad de culto en 1834, un importante grupo de sefardíes radicado en Curazao emigró a Coro, Puerto Cabello, Caracas y Punto Fijo, entre otras ciudades. Allí constituyeron sus familias, crearon empresas, aportaron conocimientos y difundieron sus costumbres; dicen que hasta se hablaba papiamento en Cumarebo.

En una conversación con Rafael Arráiz Lucca, evocando las raíces familiares, surgió la idea de realizar este libro. Le agradezco a él la oportunidad de encontrarme con Curazao a través de estas veinte entrevistas, realizadas entre julio y diciembre de 2008, testimonios de vida de curazoleños en Venezuela que desde hace varias generaciones están entre nosotros. Por medio de estos encuentros y al oír palabras en papiamento -que sin entenderlo me resulta familiar- rememoré los cuentos de mis abuelos paternos sobre su vida en Curazao y pude percibir su cercanía. También pude apreciar la cultura holandesa caribeña, el sincretismo religioso y la amalgama lograda a través de su idioma; todos estos elementos que han contribuido a una particular hibridación de las costumbres curazoleñas y venezolanas que, narradas por los entrevistados, nos permitieron conocer su manera de percibir el vínculo entre Curazao y Venezuela. La búsqueda de horizontes más amplios en cuanto a estudios y negocios, unida a la facilidad que tienen los curazoleños de adaptarse, a los deseos del ir y

venir, indujeron a algunos de ellos a mudarse a nuestro país, ahora también suyo.

En los testimonios se describen o mencionan algunas de las actividades que los curazoleños -durante varias generaciones- han desempeñado en Venezuela, en las que han invertido trabajo, disciplina, talento, recursos y deseo de progresar. Se han destacado en el mundo académico, en la medicina y en la diplomacia. También han desarrollado empresas de importación, comerciales, navieras, deportivas, turísticas y de consultoría; industrias en el área de licores, alimentos, cosméticos, seguros y publicidad.

Mi agradecimiento a todos ellos por el tiempo que dedicaron a este libro, que espero sea una contribución a difundir los aportes hechos por los curazoleños al desarrollo del país, y poder así, en el futuro, sentir a Curazao tan cerca como está de Venezuela.

Diana Pinedo Sucre

Cecil Delvalle



El comerciante

“Si pudiera escoger dónde morir sería en Curazao, pero para vivir acá en Venezuela”

En su infancia, desde el balcón de su casa en Curazao veía la costa de Venezuela que deseaba conocer. Hoy, retirado de los negocios, en su apartamento en Caracas, disfruta del buen clima y de la vista panorámica sobre toda la ciudad, mientras comparte con su esposa venezolana y cuida a sus gatos.

Cuenta las experiencias de su vida de casi 90 años que comenzó en Curazao, como empleado, para convertirse en un comerciante empleador. Ocupó el cargo de ministro para promover el turismo en la isla cuando se aprobó el estatuto de autonomía en 1954.

Se mudó para ampliar su horizonte de negocios y empezar de nuevo en Venezuela como vendedor puerta a puerta con cámaras y equipos electrónicos, convirtiéndose después en empleador, al instalar la primera fábrica en Venezuela de estos equipos.

Mantuvo el contacto con Curazao, promoviendo inversiones turísticas, hoteles y los negocios de la zona libre, mientras desarrollaba otras actividades en Venezuela.

Más adelante, con los negocios *offshore*, se dedicó a las finanzas internacionales, y desde Venezuela recorrió Latinoamérica para promover negocios y convencer a empresarios de invertir en sus países y en los otros de la región.

Está contento de poder vivir en Caracas y visitar de vez en cuando Curazao.

¿Dónde naciste y cuándo naciste?

Nací en Curazao, en lo que en esa época era la calle principal de Willemstad, que se llamaba Pietermaai. La fecha debe ser el 13 de septiembre de 1919. Digo «debe ser» porque hubo una pelea entre mi padre y mi madre sobre la fecha exacta.

¿Cómo era tu vida en Curazao, qué recuerdas de tu infancia?

Como a los 10 años, en Curazao, montaba bicicleta con mi grupo de amigos Philip Henríquez, Iván Lansberg, Hobbie Salas. Todos teníamos ciertos lazos con Venezuela – unos más cercanos que otros–, con la gente de Coro. En mi caso eran lejanos, por los bisabuelos de mi madre.

Vivíamos cerca del mar y desde el balcón de mi casa, una casona vieja, majestuosa, veíamos la costa de Venezuela. Muchas veces pregunté a mis padres si eso que veíamos a lo lejos era la costa venezolana; si habían venido, en alguno de sus viajes, a Venezuela. Siempre me contestaron que no.

Una hermana mía, Ana, sí había venido a jugar torneos de tenis entre venezolanos y curazoleños, pero eso fue anterior a mi época; antes de establecerme en Venezuela había venido de visita solo una vez.

Otra cosa que, desde niño, me atrajo de Venezuela –pero no con mucho placer – fue que, desde mi casa, observé a un grupo de venezolanos que, bajo el mando del general Urbina (Rafael Simón), se rebeló contra el gobierno del general Juan Vicente Gómez y asaltó la fortaleza Waterfront de Curazao, que estaba ubicada muy cerca de mi casa.

Recuerdo claramente que los pocos militares holandeses o curazoleños que estaban en la isla pasaban cerca de mi casa. Yo veía cómo habían construido unas tanquetas de guerra en los camiones de la compañía petrolera, que transformaron con metal y hierro; y dentro iban los oficiales curazoleños y holandeses: una tropita curazoleña trataba de defender la isla de un general venezolano. Urbina huyó en un barco y se llevó como rehén al gobernador de la isla. Eso me impresionó mucho. Como niño de unos 10 años, uno no lo olvida. Yo, desde mi balcón, veía todo esto. Cuando vuelvo a Curazao pienso que si viviera en la misma casa (ya no existe la casa como tal; es la oficina de un banco) vería la costa venezolana.

De niño, estudié en el Hendrikschool en Curazao, y después hice numerosos cursos de contabilidad, finanzas y gerencia. Me gradué y soy miembro de la American Society of Investment Counselors.

¿A qué actividades te dedicabas en Curazao?

Empecé a trabajar con mi padre, que había establecido, años atrás, un negocio en la isla de Saint Thomas: la tienda que se conocía por el nombre El Globo. Con el tiempo, esa organización creció bastante. Nosotros, siendo yo suficientemente adulto como para hacerme cargo de la firma, pensamos en establecernos en otros lugares: el primero, como era lógico para Curazao, fue Aruba; después Bonaire y Saint Marteen. En otras palabras, el núcleo de las islas de las Antillas Neerlandesas.

Cuando tenía aproximadamente 28 o 29 años, me ofrecieron formar parte del primer gabinete independiente de Holanda. Hasta ese momento, Curazao, Aruba, Saint Marteen, Bonaire y Saba eran islas que pertenecían al Reino de los Países Bajos que no decidían nada política ni

económicamente. Todo se resolvía en Holanda. Este primer gabinete independiente no tenía libertad plena. Todavía ciertos asuntos estaban sujetos a aprobación; por ejemplo: en cuanto al presupuesto, dependíamos parcialmente de Holanda, porque Curazao no producía tanto.

¿Qué posición ocupaste en ese primer gabinete independiente de Curazao?

Yo era ministro de Turismo. El turismo no existía en esa época organizado como tal. Entre mis funciones también se contaba el aspecto de las comunicaciones, que en Curazao eran muy empíricas. Durante los dos años en los que me desempeñé como ministro, alcancé una cantidad de logros importantes para la isla. Eso fue apreciado por la comunidad y también por el gobierno holandés.

¿Por qué y cuándo decidiste establecerte en Venezuela?

Después de ser ministro en Curazao, decidí que para nuestra firma era importante extendernos más y nos establecimos en Puerto Rico y Panamá. Luego, con mis ideas de joven, me dije: «esto no es nada. El país realmente importante en la región es Venezuela». Entonces hice mi primer viaje.

Me vine con mi esposa a Caracas. Estuvimos en la casa de Philip y Beatriz Henríquez. Inicié un pequeño negocio en Venezuela llamado Delvalle Hermanos C.A. Yo iba con mi maleta de puerta en puerta vendiendo cámaras fotográficas y productos electrónicos, como cualquier persona que empieza de cero, caminando por la calle buscando clientes, firmas pequeñas del ramo de productos de fotografía y electrónica, de las que casi no había en esa época.

Con el tiempo el negocio fue creciendo, hasta que la firma se convirtió en la mayor de Venezuela en el área de

artículos fotográficos y electrónicos. Teníamos muchas marcas japonesas. Trajimos un grupo de ingenieros de Japón para entrenar a jóvenes venezolanos que pudieran hacerse cargo de la reparación y el mantenimiento de los productos fotográficos y los electrónicos. En este negocio todos los empleados eran venezolanos, con la excepción de un contador público, que era un holandés.

El negocio en Venezuela creció muchísimo. En cierta época llegamos a emplear 100 personas aquí y, en total, el grupo tenía 800 empleados. Éramos reconocidos en Japón como la firma de productos japoneses más importante de la región.

Eso fue hace unos 45 años. Tenía alrededor de 45 años y ahora voy a cumplir 90 años. Yo diría que Venezuela se convirtió en mi segunda patria y, con razón, finalmente decidí que prefería vivir aquí manteniendo todavía los negocios en los otros lugares que mencioné.

Después de que te estableciste en Venezuela, ¿mantuviste el contacto con Curazao, volviste a vivir allá?

Sí, después me llamaron de Curazao y me pidieron ayudar en la promoción de Curazao. Regresé a trabajar allá, pero no para vivir. Tuve la oportunidad de aprovechar mi *background* y los contactos de haber sido ministro para iniciar lo que hoy es la Zona Libre, que comenzó con un negocito. Hoy en día ignoro cuántos tiene, pero sé que es una empresa que emplea a mucha gente que realiza transacciones con Venezuela, lo que es de mucha importancia para la economía de Curazao.

También me pidieron ayudar en la parte de turismo. Para ese entonces, Curazao no tenía un desarrollo turístico. Me dediqué a eso -desde aquí, yendo con mucha regularidad- y

construimos el primer hotel en el centro de la ciudad: el Hotel Intercontinental de Curazao. Yo era uno de los tres directores principales. Empezamos a traer turistas internacionales incluyendo el turismo norteamericano. El trabajo que realicé me hizo ganar la confianza del gobierno de Curazao y del de Holanda; por eso me pidieron crear una base real de turismo en Curazao: me propusieron desarrollar el segundo hotel, el Hilton, que fue construido bajo mi supervisión, conjuntamente con un grupo de personas, unas del gobierno y otras de la empresa privada. Eso sí, con recursos provenientes exclusivamente de Curazao. Fue un éxito. Conseguimos que el hotel lo tomara el grupo Hilton. Así comenzó el turismo y el negocio de casinos en Curazao.

Cuando el hotel abrió sus puertas, tuve el honor de que vinieran, especialmente para la apertura, la reina Juliana y el príncipe Bernard de Holanda y que me condecoraran en dos ocasiones con las más altas distinciones que otorga Holanda para sus súbditos no militares.

Como anécdota te cuento que también fui militar. Estuve, a los 21 años, en el primer ejército *junior* de Curazao durante la Segunda Guerra Mundial. Uniformado, iba en bicicleta de un lugar a otro. Era como un tipo de *liason* entre los militares; pero mi parte de militarismo fue chimba; no fui como Iván Lansberg, que era oficial (edecán de la reina Juliana). Él vino con ella en la primera visita de la reina a Venezuela.

En la evolución de la Zona Libre, hoy en día pilar muy importante de la economía; y en el turismo, que probablemente es la segunda industria de Curazao, yo fui uno de los pilares que comenzó con ese tipo de actividad.

Teniendo toda esa trayectoria en Curazao, ¿qué te indujo a quedarte en Venezuela?

En uno de esos viajes a Curazao, me ofrecieron participar en el negocio *offshore*, que hoy en día es una fuente de ingresos muy importante y emplea a mucha gente en la isla. Aclaro que yo no tuve nada que ver con las leyes *offshore*, con la excepción de la ley originaria, de 1945. Ahí sí fui activo en introducirla, junto con otra persona, en el Congreso.

Cuando me pidieron que regresara a Curazao para representar a una compañía de cierta importancia, decidí que el negocio *offshore* necesitaba mundo, y me pregunté: «¿qué es mundo?». El mundo es Latinoamérica; es Centroamérica. Por eso constituí una compañía de este grupo en Panamá y también empezamos aquí en Caracas.

Para ese momento, yo había liquidado mi negocio y estaba trabajando como director de finanzas en el Grupo Lansberg. Trabajé con Iván durante 4 o 5 años.

Me casé -después de mi primera esposa- con una venezolana, lo que se transformó en una razón muy poderosa para quedarme aquí. Como ya dije, no fue que vine en esa época, sino mucho antes, con el negocio de fotografía y la fábrica electrónica.

En ese momento, le dije a la gente de Curazao que aceptaba el trabajo con la condición de vivir en Venezuela, y así fue como me mudé permanentemente a este país, hace unos 25 años. Ya no hubo más mudanzas; sólo viajes por toda Latinoamérica: Argentina, Brasil, Centroamérica, Perú, constituyendo compañías *offshore* en estos lugares, con el fin de que ellos invirtieran en el extranjero y los extranjeros invirtieran en esos países.

Ese negocio *offshore* era muy interesante. No se cómo explicarlo. Era realmente crear interés en que venezolanos

y extranjeros invirtieran recíprocamente afuera y en Venezuela. En otras palabras, mucha gente piensa, cuando se trata de negocios *offshore*, únicamente en venezolanos que quieren sacar su dinero, pero eso es una gran falacia. En las miles de compañías que yo constituí en Venezuela, estimo que la mitad no tenía que ver con venezolanos; se trataba más bien de extranjeros que formaban una compañía para invertir en Venezuela. No quiero nombrarlas, pero varias compañías venezolanas, de importancia hoy en día, fueron iniciadas por extranjeros combinados con venezolanos, quienes, a través de compañías *offshore*, comenzaron a invertir en Venezuela creando negocios que hoy son grandes y en los cuales hay tanto venezolanos como extranjeros.

¿Para ti fue fácil la integración en Venezuela?

Desde que llegué, me gustó mucho la gente, su trato, el clima. Venezuela tiene de todo. Si pudiera escoger dónde morir, sería en Curazao; pero para vivir, acá en Venezuela.

Aunque nací en Curazao (yo hablo 4 idiomas, incluyendo el español) para mí era igual de fácil comunicarme con un venezolano, con un curazoleño o con un holandés. Me integré muy rápido y bien. Entablé amistad con un grupo de venezolanos, banqueros y abogados y por mi interés por las finanzas, sobre todo cuando estuve en el negocio *offshore*, hablábamos el mismo idioma. Con ellos, en lugar de comunicarme en papiamento u holandés, lo hacía en español. Era exactamente igual.

Si me preguntas por las dificultades, mi única respuesta sería: ninguna. Únicamente tuve cooperación de todos los que conocía y también de los que no. Obtuve apoyo de los bancos, de las personas con quienes me encontraba y

también de quienes se convirtieron en los detallistas de artículos de fotografía y electrónicos.

Si hubo diferencias, no lo recuerdo. Fueron muchas las similitudes. Aunque no nací en Venezuela, soy medio venezolano. Hasta me cambiaron el nombre en Venezuela: cuando llegué y enseñé mis documentos, el funcionario me pidió que le mostrara si yo era la misma persona que decían los papeles. Me dijo: «si usted es el original, como están mostrando los detalles, usted sería Cecil Delvalle López (López es mi apellido materno)». Le respondí: «aquí están mi certificado de nacimiento y mi pasaporte. Yo me llamo Cecil López Delvalle». Me dijo: «Mentira. ¿Sabe qué? Vaya mañana a Extranjería». Allí resolvieron el asunto de un tiro: mi nombre venezolano es Cecil López Delvalle López. Todo el mundo está contento: Curazao y Holanda están contentos y Venezuela también.

¿Tus hijos están en Venezuela?

Nacieron los tres en Curazao. La mayor se casó en Holanda con un director de Shell y vive en Holanda; la segunda se casó con un estadounidense y vive en Atlanta; y mi hijo Kenneth también vive en Holanda. Era militar originalmente; ahora tiene un puesto en ferrocarriles. Me visitan con frecuencia, pero ninguno ha vivido aquí.

Siempre en Venezuela me sentí en casa, contento y me sentí querido. No sé si puedo decir que esta es mi segunda patria, porque nunca tomé la nacionalidad venezolana. Tengo la nacionalidad holandesa y distinciones del gobierno holandés. No he tenido la necesidad de cambiar la nacionalidad. Me siento aquí al igual que allá en mi casa.

Yo no viviría en ningún otro lugar. Siempre que me lo permitan, viviré en Venezuela. Creo que Venezuela me

ofrece todo lo que quiero. Si pudiera escoger dónde morir, sería en Curazao; pero para vivir, acá en Venezuela.

Carmencita Prince de Kew



La socióloga

«Aunque sea en silla de ruedas voy a estudiar en la universidad».

Mujer luchadora, trabajadora, estudiosa, exigente consigo misma. Tan arriesgada que, casada y madre de cinco hijos, decidió estudiar Sociología en la UCAB, cuando algunos de sus hijos todavía estudiaban primaria.

Continuó estudiando el Posgrado y el Doctorado en Ciencias Políticas y se incorporó, casi 20 años después, como profesora de Posgrado en el área de Políticas Públicas en la Universidad Simón Bolívar. Sus tesis de grado se han basado en investigaciones sobre el aborto en Venezuela y los derechos de la mujer venezolana en el matrimonio 20 años después de la Reforma del Código Civil de 1982. Su labor pedagógica la inició dando clases de inglés.

Ha contado con su perseverancia y el apoyo de su marido para armonizar la vida familiar con la académica. De su lado andino le vino ese apego al trabajo y por el lado curazoleño, ese amor por el orden, la ley, la legalidad. Todo le gusta «como debe ser».

La disciplina y el deseo de colaborar la han hecho participar en múltiples organizaciones: en la Asociación de Amigos de la USB, en Proguaya, asociación de vecinos de Los Guayabitos; en las Damas Salesianas, en los Centros de La Virgen Milagrosa.

En su apacible casa se siente contenta con lo que ha logrado por su constancia y se apoya en la devoción -

proveniente de Curazao y transmitida por su madre- por la Virgen Milagrosa, que la llena de energía para seguir adelante.

¿Cuándo naciste, dónde naciste?

El 26 de agosto de 1926. Mi infancia en Curazao fue muy corta, porque a los cuatro años me trajeron a Venezuela. Recuerdo vagamente la casa en que vivíamos. Según mis padres, hablaba mis primeras palabras en holandés. Desafortunadamente, nunca aprendí papiamento, que me habría abierto puertas. Mamá era de Los Andes, de Tovar, viuda de José Rafael Troconis, con cuatro hijos y dueña de dos haciendas de café de las que se encargó al enviudar, a pesar de que en aquella época la mujer no tenía derechos civiles ni políticos y mucho menos se ocupaba de trabajar la tierra.

Ella trabajó ocho años esas haciendas y cada año, cuando recogía el café, ella misma se iba a Maracaibo a venderlo a las Casas Boulton. Pero en 1925 la invitaron a ir a Curazao y en ese viaje conoció a mi papá. Realmente fue una aventura conocerse y casarse viuda con cuatro hijos. Ella regresó a Venezuela para vender su casa y sus dos haciendas, recogió a tres de sus hijos -el mayor estaba en Caracas estudiando medicina- se casó por poder en Los Andes y se fue a Curazao; al año siguiente nací yo; luego, mi hermano: somos dos Prince Sánchez y mis cuatro hermanos mayores son Troconis Sánchez.

Mi mamá no se adaptó a Curazao. Se quejaba del calor -venía de Los Andes- pero hablaba bien de la isla y sobre todo de la abundancia de comida. Mamá en Venezuela añoraba el pescado de Curazao y ese funche, tan curazoleño.